



TERUEL.—Torre de la Iglesia de San Martín.

sus habitantes les hicieron un gran homenaje. En cambio, Felipe II abolió los fueros de Teruel. Durante la Guerra de la Independencia la ciudad y su provincia desarrollaron una actuación heroica contra el invasor. Y tras su intervención en las contiendas dinásticas ochocentistas, cabe señalar, como último y gran momento de la misma, el de la cruzada liberadora (1936-39), con ocasión de la cual revalidó el significado que entrañan los calificativos de sus blasones: Muy Noble, Leal, Fidelísima, Vencedora y Siempre Heroica. Entre sus muchos hijos ilustres se cuentan Pedro de Alava, primer Juez de Teruel; Jerónimo de Castellote, Justicia de Aragón; el célebre

poeta Juan Yagüe de Salas; el antipapa Gil Sánchez Muñoz, el venerable Aranda, el Padre Ripalda, autor del famoso catecismo, y los célebres amantes de Teruel, actores de una tragedia de amor y desgracia que en nada desmerece al lado de la parigual famosa shakesperiana.

No sólo la Historia, o sea, la sucesión de las generaciones, sino también la Naturaleza han conferido a Teruel, en sinérgico tributo, el que es su patrimonio peculiar en aspecto y fisonomía, en características topográficas y rasantes estéticas, en psicología y costumbres. El visitante admira, aun antes de llegar a ella, lo original de su emplazamiento y la diversidad de matices de su suelo, que tan atinadamente estudió el sabio Cortázar. Otro gran enamorado de Teruel, el cronista Valverde, que tan hondo caló en el significado de la ciudad, plasmó esta bella estampa de la misma: "Hállase asentada sobre una muela o altura de bastante consideración en la orilla izquierda del río Guadalaviar, que, tranquilo y enriquecido con los caudales del Alfambra, besa sus cimientos y se aleja, a lo largo de la dilatada huerta, en busca de los jardines de Valencia. Mucho antes de bajar la breve cuesta que la encierra como en ancho circo, muestra al viajero sus cimborrios y numerosas torres, rematadas en aguias o truncadas en almenas. El gótico convento de Franciscanos se asienta al pie de la cuesta; la grandiosa mole del ex colegio de Jesuitas o Seminario asoma en la parte alta entre peñas y ruinosos muros, y corona el pintoresco caserío la diadema formada por las torres de las parroquias en derredor de la Catedral. Preséntase, a la izquierda, el monumental acueducto romano, concepción ingeniosa y atrevida del francés Vedel, enlazando, con doble fila de esbeltos arcos, la altura que sirve de asiento a la ciudad con la cercana colina, abriendo al agua aéreo cauce, con galería en los arcos superiores, para hombres y caballos, y otras en los inferiores, para carruajes. Dilátanse los arrabales por quebrados y rojizos cerros, que estuvieron circundados por altas murallas, cortadas de trecho en trecho por torreones, de los que aun quedan restos; del lado de Poniente ciñola un muro con ancho terraplén, ocultando su pie fábricas y caserío de las afueras. Las calles